

**“INDUSTRIA TEMPRANA”, MODELO AGRO-EXPORTADOR Y LOS
ORÍGENES DEL PENSAMIENTO INDUSTRIAL EN ARGENTINA:
ALEJANDRO BUNGE, 1880-1930**
**“Early industry”, agro- export model and the origins of the industrial
thought in Argentina:
Alejandro Bunge, 1880-1930**

Nicolás Padin*

Resumen

La problemática de la industrialización ha ocupado un sitio de privilegio en los debates sobre el desarrollo económico argentino, en virtud de su centralidad y de la constatación de su carácter inconcluso. El presente artículo da cuenta de las apreciaciones críticas, en clave industrial, al perfil de crecimiento agroexportador, elaboradas por Alejandro Bunge, uno de los primeros exponentes intelectuales que enfatizaron en la necesidad de trascender el perfil primario exportador de la economía argentina, a través de la diversificación de su canasta de productos transables en el mercado mundial; remarcando la necesidad del desarrollo industrial y de morigerar una modalidad de desarrollo económico y territorial marcadas por las asimetrías regionales, ilustrada en la célebre metáfora del “país abanico”, con centro en la Pampa Húmeda y la ciudad-puerto de Buenos Aires. Como integrante conspicuo de una corriente de pensamiento económico conservadora y nacionalista, las ideas bungeanas preludian las transformaciones del Estado, en materia de intervención económica, instalando una serie de tópicos del pensamiento económico en Argentina que tendrían duraderas resonancias a lo largo del siglo XX: la dependencia agro-pastoril de la economía, la necesidad del desarrollo industrial, la cuestión del mercado interno, el problema de las economías regionales y la integración territorial. En Bunge, la imagen de Argentina como cuerno de la abundancia dejaría paso a miradas que vaticinaban un desenlace menos idílico. La actualidad de su pensamiento trasciende la figura del precursor: si se ha planteado su prédica industrialista bajo la figura de “profeta del peronismo”, bien podría extenderse la expresión para considerarlo como uno de los primeros “profetas del desarrollo”, en tanto exponente insoslayable del pensamiento autocentrado en el país.

Palabras clave: modelo agro-exportador, industrialización, pensamiento económico, intervencionismo económico, Alejandro Bunge.

* Universidad Nacional del Comahue

Abstract

The problems of industrialization has occupied a privileged place in discussions of the Argentine economic development, by virtue of its centrality and finding his unfinished character. This article reports the findings critical key industrial, agricultural export growth profile, developed by Alejandro Bunge, one of the first intellectuals exponents emphasized the need to transcend the primary export profile of the Argentina economy by diversifying its basket of tradable products on the world market, stressing the need for industrial development and moderating a form of economic and territorial development marked by regional asymmetries, illustrated in the famous metaphor of "fan country", centered on the pampas and the port city of Buenos Aires. As a conspicuous member of a conservative and nationalist current economic thinking, thoughts prelude bungeanas state transformations in economic intervention by installing a series of topics of economic thought in Argentina that have lasting resonance throughout the twentieth century: dependence on agro- pastoral economy, the need for industrial development, the issue of internal market, the problem of regional economies and territorial integration. In Bunge Argentina's image as a cornucopia would step looks that predicted a less idyllic outcome. The relevance of his thought transcends the concept of precursor when preaching industrialist has raised under the guise of "prophet of peronism" could well extend the term to be considered as one of the first "prophet of development", as exponent unavoidable self-centered thought in the country.

Key-words: agro-export model, industrialization, economic thought, economic interventionism, Alejandro Bunge

1- MODELO AGRO-EXPORTADOR E INDUSTRIALIZACIÓN. UN ANTIGUO DILEMA ARGENTINO

El estudio de los orígenes de la industrialización en Argentina constituye un tópico clásico de la historiografía económica y una fuente inagotable de controversias, las cuales han atravesado el siglo XX, jalonando diversas inflexiones en el pensamiento y las políticas económicas. En el presente artículo planteamos que la relación, entre el modelo agroexportador, el desarrollo industrial y el papel desempeñado por las ideas y políticas económicas, constituye una interesante plataforma desde la cual visitar el controvertido derrotero de la historia económica argentina contemporánea. Esta suerte de “obsesión por los orígenes” está vinculada por su consideración como el momento de la economía nacional de

mayor crecimiento de su historia, a partir de la cual se establecieron muchas de las constantes que otorgan inteligibilidad al alicaído desempeño económico posterior del país.

Una característica saliente en las interpretaciones de la *performance* del sector industrial, durante el período de expansión agropecuaria de la Argentina, es la divergencia a las conclusiones arribadas. En líneas generales, se identifican dos corrientes interpretativas sobre la génesis de la industrialización, en el contexto del modelo agroexportador: por un lado, estudios que establecen que el crecimiento industrial se inició con posterioridad a la crisis de 1890, por el cual el aumento de los ingresos generados por la exportación de productos agropecuarios a las economías capitalistas centrales, apuntaló un naciente evolución industrial y, por el otro lado, investigaciones que plantean que no existió un nivel sustancial de industrialización antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, en virtud que las ventajas de la producción agropecuaria desestimaron la diversificación de la economía, señalando los límites de una industrialización constreñida en las coordenadas del perfil económico agroexportador (Korol y Sábato, 2007). En todo caso, es claro que el desarrollo contradictorio del sector industrial marcó el papel, simultáneamente, estimulante e inhibidor de la orientación agroexportadora de la economía argentina, a partir de las postrimerías del siglo XIX, sus potencialidades, ambigüedades y limitaciones estructurales.

Indudablemente, la cuestión de la industria ha ocupado un sitio de privilegio en los debates sobre el desarrollo económico argentino, en virtud de su centralidad y de la constatación de su carácter tardío y fragmentario. En este sentido, la génesis del sector, que abarca el ciclo de modernización generado a partir de la inserción argentina al mercado mundial, en su calidad de proveedora de bienes primarios y receptora de bienes industriales y capitales de los países capitalistas centrales, se constituyó en una cantera de interpretaciones asiduamente visitada desde diversos enfoques y tradiciones interpretativas. La cuestión de la industrialización, en consecuencia, y su relación con la centralidad de la economía agroexportadora, se transformó en una problemática de larga duración que mantiene una enorme vigencia en las opciones de desarrollo adoptadas en la actualidad y en sus derivaciones sociopolíticas.

Proponemos, en el presente trabajo, seguir algunos tópicos fundamentales del pensamiento económico elaborado por Alejandro Bunge, prestando especial atención a las apreciaciones críticas al crecimiento agroexportador de Argentina adoptado a fines del siglo XIX y la necesidad de orientar su perfil productivo hacia un horizonte fabril. La extensa obra de este intelectual posee la importancia de haber llamado la atención tempranamente sobre la necesidad de trascender el perfil primario exportador de la economía argentina, a través de la

diversificación de su canasta de productos transables en el mercado mundial, apostando por incentivar el desarrollo industrial y de morigerar una modalidad de desarrollo económico y territorial marcado por las asimetrías regionales, ilustrada en la célebre metáfora del “país abanico”, con centro en la Pampa Húmeda y la ciudad-puerto de Buenos Aires (Bunge, 1987).

En los orígenes de la “edad dorada” del auge agroexportador las controversias sobre la cuestión del perfil productivo del país y de su inserción en la división internacional del trabajo, no estuvieron ausentes en las discusiones de las clases dominantes (Chiaramonte, 1971; Caravaca, 2011)¹. Sin embargo, el vertiginoso crecimiento económico experimentado eclipsó rápidamente una discusión que afectara en sus fundamentos el consenso agroexportador de entresiglos. La fe de un progreso pensado como ilimitado encontró, no obstante, críticos, que desde diversos foros públicos advertían sobre las limitaciones del perfil del crecimiento económico argentino, invocando la necesidad de una reorientación del rol del Estado y de las políticas públicas en materia económica (Chiaramonte, 1971; Suriano, 2000)². En este contexto, Alejandro Bunge fue uno de los primeros intelectuales en advertir sobre los peligros de mantener intacto el modelo socioeconómico vigente. En su calidad de funcionario estadístico del Estado argentino de entreguerras (González Bollo, 2012) y como académico de prestigio en diversas universidades del país³, la figura y prédica de Bunge, si bien no pasaron desapercibidas para sus contemporáneos, a medida que avanzó el siglo XX adquirieron mayor gravitación en relación al carácter perentorio de los problemas del desarrollo argentino y de sus posibles soluciones.

La temprana crítica bungeana detectó los peligros de una excesiva especialización de la producción agropecuaria pampeana y su desventajosa posición como receptora de productos industriales de las economías centrales. La lúcida advertencia sobre las transformaciones en las condiciones de inserción de la economía argentina en el convulsionado mundo de la primera posguerra, fue vislumbrada por Bunge a través de la constatación estadística del estancamiento de la estructura económica y del deterioro de los

¹ Los debates parlamentarios de fines del siglo XIX entre librecambismo y proteccionismo industrial constituyen una prueba elocuente de ello. Las figuras relevantes de Fidel Lopez y Pellegrini marcaron el cenit de una controversia sobre las posibilidades de un crecimiento divergente para el país, alternativas al liberalismo.

² El liberalismo argentino conjugó la creencia, en el plano económico, en el *laissez faire*, con la necesidad de constituir un Estado nacional fuerte y centralizado. Pese a la retórica anti-intervencionista típicamente liberal, los hombres de 1880 desarrollaron líneas de penetración estatal fuertes, que obligan a matizar la exclusión del Estado en la regulación de las relaciones sociales y económicas.

³ Considerado como uno de los primeros exponentes de la Economía en el país fue Jefe de Estadística del Departamento Nacional de Trabajo, profesor universitario y Director Nacional de Estadística de la Nación. Su producción académica como economista y analista socio-demográfico puede consultarse en La Revista de Economía Argentina publicada entre 1918 y 1952.

términos de intercambio; tópicos que irían adquiriendo paulatina y evidente importancia en la primera mitad del siglo XX.

No sólo la alerta anticipada sobre los peligros de la inercia del rumbo económico del país fueron advertidos de modo insistente por Bunge y sus seguidores en la Revista de Economía Argentina. Desde este núcleo de pensamiento se abogó, por un lado, por diversificar los alcances geográficos de la estructura productiva argentina, incorporando a las regiones rezagadas por un perfil de crecimiento orientado al mercado externo y, por otro lado, manifestando la necesidad de impulsar la producción industrial como uno de los sectores dinamizadores de la economía nacional; sugirieron reformas tributarias y de la propiedad progresivas, con una activa presencia del Estado.

2- UN DEBATE INCONCLUSO. INDUSTRIALIZACIÓN EN EL CONTEXTO AGRO-EXPORTADOR ¿ESTÍMULO O FRENO AL CRECIMIENTO INDUSTRIAL?

En las últimas décadas del siglo XIX, la Argentina se insertó definitivamente en el mercado mundial, como productor de materias primas y alimentos y como receptor de bienes manufacturados elaborados por las economías capitalistas centrales. Los indicadores del crecimiento económico del país se situaron entre los más elevados del escenario internacional, con guarismos que marcaban una evolución del 6% del PBI y un producto *per cápita* superior al 3%. El aumento exponencial de las exportaciones agropecuarias justificó este acelerado crecimiento económico y tuvo como componentes fundamentales a los siguientes elementos: el acrecentamiento sostenido de la demanda externa; la disponibilidad y puesta en explotación de vastas extensiones de la fértil región pampeana; una afluencia significativa de flujos de capital y fuerza de trabajo que fueron materializados en la implantación de una vasta red ferroviaria y en el arribo de miles de inmigrantes de ultramar (Hora, 2010).

A la expansión de la ganadería ovina y vacuna se sumó una gran superficie dedicada a las actividades agrícolas, pasando de 1,6 a 11,8 millones de hectáreas, entre 1888 y 1910, dedicadas a la siembra de maíz, trigo y lino,. Algunas cifras apuntalan tal aseveración y evidencian como este período fue la etapa más veloz y prolongada de crecimiento económico en la historia del país, marcando, también, algunas constantes que permitirán explicar el posterior estancamiento económico argentino. En virtud de la alta productividad de las colonias agrícolas la exportación de trigo pasó de 3140 toneladas en 1885, a 85.883 en el año 1905; en el mismo período, las ventas al exterior de maíz crecieron de 3.957 toneladas a 46.537 y las de lino de 3.471 toneladas a 26.234. Los cuartos de vacunos exportados pasaron de 10.000 en 1881 a 2.065.000 al finalizar la primera década del siglo XX, a través de una

innovación fundamental: la estancia mixta, que combinó refinación ganadera, con aparcería agrícola (Blanco et al., 1999 y Rocchi, 2000).

La incorporación de superficies en condiciones de ser explotadas comercialmente fue acompañada por la extensión de vías férreas que cubrían la mayor parte de la región pampeana. El tendido se hizo en forma de abanico, porque el interés primordial era facilitar la salida de los bienes primarios hacia Europa; el ferrocarril unía el interior con los puertos de Buenos Aires y Rosario, pero, no vinculaba a las capitales de las provincias entre sí. La célebre metáfora que veía a la Capital Federal como una “cabeza de Goliath” comenzada a ser delineada de forma definitiva (Martínez Estrada, 2009).

En esos años la Argentina siguió las características generales del modelo agroexportador de los países periféricos, aunque con una mayor diversificación productiva. Así, el crecimiento económico se motorizó con la exportación de productos primarios, concentrándose la riqueza en una clase dominante (Sábato, 1991; Hora, 2002)⁴, que tuvo como nota distintiva un fuerte sustrato terrateniente, pero con una racionalidad económica que buscaba la maximización de beneficios en actividades multisectoriales que, si bien estaban subordinadas a las condiciones de funcionamiento del modelo agroexportador, no impidieron la expansión de los negocios a áreas basadas en el comercio de exportación e importación, las finanzas, así como las actividades inmobiliarias e industriales.

Las inversiones extranjeras, primordialmente británicas, se dirigieron a las obras de infraestructura ferroviarias necesarias para asegurar la provisión de los bienes primarios. Ello generó una problemática de integración territorial del país cara al pensamiento bungeano: la disposición radial, en “abanico” de la infraestructura ferroviaria agroexportadora contribuyó a constituir y exacerbar de modo dramático los desequilibrios regionales, sedimentando las regiones beneficiadas y perjudicadas economía mundial progresivamente atlantizada, esbozada a lo largo del siglo XIX, para alcanzar plena sedimentación en el siguiente (Bandieri, 2003)⁵.

⁴ El antiguo debate sobre las clases dominantes posee uno de sus nudos problemáticos en la etapa del auge agroexportador. En el planteo de la racionalidad, perfil estructural y su incidencia en el desarrollo y/o subdesarrollo económico. La controversia de fondo consiste, por un lado, en la visión sabatiana, con resonancias en las hipótesis de Milcíades Peña, de una clase dominante que posee una racionalidad económica vinculada a la búsqueda de diversificación de inversiones y minimización de riesgos; en actividades de implantación multisectorial, que trascendían las actividades exclusivamente agropecuarias, extendiéndose al comercio, finanzas e inclusive la industria. Hora, en cambio, sin desconocer las actividades multi-implantadas de las clases dominantes, plantea que el corazón del proceso de acumulación capitalista en Argentina estuvo fuertemente ligado a las ganancias emanadas de la renta agraria, derivadas de la propiedad de la tierra de la burguesía terrateniente.

⁵ Como se ha remarcado desde los estudios regionales la atlantización de la economía argentina a través de la constitución del modelo agroexportador, se cristalizó, en rigor, en la pampa húmeda y el litoral, sumadas a las

Sólo prosperaron una serie de industrias, poco integradas entre sí, sin constituir una plataforma para un sólido proceso de industrialización. Sin embargo, motorizado por la expansión del sector exportador el mercado interno se extendió de forma progresiva. El incremento y la diversificación de la demanda de manufacturas estimularon un aumento sostenido de las importaciones; y crearon las condiciones para la producción local de bienes livianos y servicios (Hora, 2010), especialmente en el ámbito de las economías urbanas, sometidas a un vigoroso crecimiento demográfico como Buenos Aires, Rosario y Córdoba, como consecuencia de la afluencia de la inmigración ultramarina y derivada de la alta productividad del sector agrario. Generalmente, Argentina cerró el acceso a la propiedad rural de los recién llegados, pero el dinamismo agroexportador irradió su influjo en las ciudades en acelerado proceso de metropolización⁶, creando las condiciones de constitución de un interesante mercado de productos industriales básicos.

Entre 1880 y 1913, la industria creció a una tasa superior al 9% anual y si bien la economía argentina siguió dependiendo fuertemente de los productos agropecuarios, su sector industrial se constituyó en el de mayor densidad de América Latina. Entre esos sectores se encontraban la agroindustria azucarera y vitivinícola, destinada al mercado interno. La protección hacia las economías monoproducidas del azúcar y el vino, con epicentro en Tucumán y Mendoza respectivamente, se vinculó con circunstancias políticas de integración geográfica y de cooptación de sus burguesías locales, en base a los acuerdos interoligárquicos que cimentaron el Estado nacional⁷. Otra actividad protegida, muy menor desde el punto de vista de su impacto, era la fabricación de bolsas para la recolección de cereales. Sin la protección que tenían estas industrias, otras actividades que oscilaban entre la artesanía y la manufactura pudieron sobrevivir a la competencia extranjera: la vitivinicultura, la fabricación de galletitas, dulces y los molinos harineros compensaron la indefensión arancelaria con el escaso valor de los fletes, que no justificaban la importación de productos con poco valor unitario. La industria frigorífica fue la consecuencia natural de la extensión del modelo agroexportador. En ese sector la presencia de los intereses norteamericanos e ingleses era hegemónica, con una participación minoritaria de capitales vernáculos.

economías regionales de la vid en Cuyo y el azúcar en Tucumán, como abastecedoras de un mercado interno en ciernes. En el resto de los espacios pervivieron circuitos comerciales centrífugos, hasta las primeras décadas del siglo XX, asentados desde la Colonia.

⁶ Buenos Aires pasó de 187.100 habitantes en 1869 a 1.575.000 en 1914; en el mismo período Córdoba creció de 29.000 a 122.000 y Rosario de 23.000 a 236.000 (Liernur, 2000)

⁷ La expropiación de las sociedades indígenas del Noreste y Patagonia, por vía militar, las situó en un lugar marginal al modelo agroexportador. En aquellas regiones se implantaron producciones agropecuarias vinculadas a la explotación forestal, del quebracho y el tanino, en el primer caso, y la producción ovina, en el segundo caso (Girbal Blacha, 2011)

En síntesis, el sector industrial nació al calor de un doble impulso: por el crecimiento asociado y complementario al desarrollo de la actividad agropecuaria, vinculada al comercio exterior y por la demanda generada por un mercado interno en ciernes, pero en proceso de expansión. El sector liviano vinculado a los alimentos y bebidas, por ejemplo, desempeñó un rol relevante en los primeros momentos del incipiente proceso de industrialización iniciado en el cambio de siglo. Surgieron industrias que producían cigarrillos, jabón, velas, insumos para la construcción, fósforos y alimentos. Aunque es complejo localizar empresas representativas que sean un modelo generalizable a toda la incipiente estructura industrial de entresiglos, lo cierto es que el sector poseía un perfil marcadamente heterogéneo, donde convivían pequeños talleres y empresas semi-artesanales, con empresas de magnitud, típicamente modernas (Korol, 2000). Otro rasgo distintivo del sector lo constituyó su alta concentración geográfica: para 1914 el 70% de las industrias se localizaba en el Litoral, explicado por ser esta región el centro dinámico del modelo agroexportador, por contener el mayor contingente del gran crecimiento demográfico del período, infraestructura óptima y por la proximidad a los puertos que se comunicaban con los mercados externos.

La reciente bibliografía sobre la industrialización en América Latina ha estado dedicada a analizar el desarrollo de la “industria temprana”, es decir, aquella que se desenvuelve con anterioridad a la crisis económica internacional desatada en 1929. Buena parte de la discusión ha discurrido por andariveles que indagan si existía en América Latina, incluida claro está Argentina, industria antes de la crisis. O si ésta, proteccionismo de facto mediante, sólo habría podido emerger como consecuencia del quiebre de los mercados mundiales. Subyaciendo a esta controversia se encontraba otra, íntimamente relacionada, acerca de si el desarrollo industrial depende de políticas proteccionistas (ya sea manifiestas o implícitas) o si, por el contrario, puede convivir con políticas liberales⁸. Extensos debates se han suscitado sobre esta cuestión. Aquí nos inclinamos a plantear, siguiendo los desarrollos historiográficos recientes, que las políticas estatales frente a la industria fueron limitadas, lo cual no significó que fueran absolutamente inexistentes. Si durante largo tiempo predominó la imagen de un reinado irrestrico del *laissez faire* durante la “edad de oro” de la economía agroexportadora, actualmente se plantea que durante el orden conservador comenzaron a diseñarse políticas que trascendieron la tradicional escisión liberal entre Estado y economía en diversos ámbitos como la moneda, la propiedad de la tierra, el factor humano (migraciones) o

⁸ Una cuestión teórica de peso, que atraviesa de modo subrepticio estas controversias historiográficas, la constituye el debate acerca de las posibilidades y limitaciones del intervencionismo estatal como motor del crecimiento económico, en el que se solapan visiones ortodoxas (liberales) sobre las heterodoxas (nucleando a una constelación heterogénea de estructuralistas, dependentistas, cepalianos, desarrollistas)

la educación. Por sobre consideraciones doctrinarias primaron no sólo las líneas maestras de una política que tenía por horizonte un modelo de crecimiento hacia fuera. También el Estado se constituyó en el espacio en el cual influyeron intereses económicos y prácticas políticas que instituyeron un “proteccionismo racional” que significó una cobertura al sector industrial que no podría ser calificada de nula. Así, la política tarifaria fue una variable clave, aunque insuficiente para el despliegue industrial. Tanto desde la óptica de la recaudación estatal, como en el grado de apertura o cierre relativo hacia el sector industrial, cumplió un papel regulador e impulsó el crecimiento del sector, no tanto por una voluntad deliberada de fomento industrial, sino por una razón de Estado fiscal. Claramente, no existió una política industrial global, aunque sí acciones y políticas puntuales que tuvieron un sesgo pragmático, más que deliberado (Rocchi, 1999).

3- TRASCENDIENDO LA YERRA Y LA MIES. BUNGE Y LA PRÉDICA INDUSTRIAL

La obra de Alejandro Bunge elude las taxonomías maniqueas. De personalidad multifacética, en su pensamiento se anudan diversas aristas constituyendo una herencia compleja, rescatada desde tradiciones políticas disímiles, en las cuales se combinaron el rol del reformista social-cristiano, el del técnico y funcionario estatal⁹; y el de pionero de los estudios económicos y demográficos. En el presente escrito focalizaremos nuestra atención en un campo restringido de su trabajo: su faceta como intelectual crítico de la orientación económica del país motorizada por los sectores dominantes, resumidas en *Una Nueva Argentina* (Bunge, 1987), prescindiendo de sus estudios demográficos y “raciales”¹⁰.

Situado en la intersección de las corrientes reformistas de entresiglo, la obra de Bunge no admite adscripciones unívocas. Desde el reformismo católico, en diálogo con sus interlocutores liberales y socialistas, se configuró un campo de discusión, no exento de tensiones, que perseguía el mejoramiento del trabajo a los efectos de evitar la conflictividad sociopolítica del movimiento obrero (Zimmerman, 1995). Como integrante conspicuo de una corriente de pensamiento económico conservadora y nacionalista, culminada la Gran Guerra

⁹ Bunge ocupó cargos directivos de la naciente burocracia técnica del Estado argentino (Ver apartado 3). Se le deben a su trabajo las primeras estimaciones del Producto Bruto Interno.

¹⁰ Rescatamos la variante nacionalista e industrialista en el marco de una suerte de “fascinación bungeana” de diversos estudios contemporáneos. Excluimos el fuerte componente conservador y católico de su discurso, evidente en sus estudios demográficos, preocupados por la “cuestión racial”, retomados frecuentemente por el liberalismo.

Bunge comenzó a revisar críticamente la estructura económica argentina. Se constituyó en uno de los voceros de los intereses manufactureros y en promotor de la subsidiariedad estatal en el escenario productivo, en el momento histórico de los primeros pasos dados por la industrialización sustitutiva de importaciones en el país. De hecho, es una atribución común de diversos investigadores la influencia del pensamiento bungeano en la constitución de las políticas económicas mercado-internistas del peronismo clásico, en una suerte de ideario vanguardista de la agenda del Primer Plan Quinquenal de 1947-1951, en tanto “profeta del peronismo” (Llach, 1984).

Bunge pertenece, entonces, a aquella generación que se planteó, por primera vez, los problemas que constituyeron el repertorio central de preocupaciones a resolver en las relaciones entre Estado, sociedad y economía durante buena parte del siglo XX (Halperín Donghi, 2000). Este círculo intelectual, nucleado en la figura de Bunge y en la Revista de “*Economía Argentina*”, marcó un claro contrapunto a la corriente de pensamiento económico preponderante del período, dominada por la impronta del liberalismo económico, provocando, asimismo, duraderas resonancias en las políticas económicas de la primera mitad del siglo XX en Argentina. Bunge afirmaba, en tal sentido que:

“...Se ha sostenido durante demasiado tiempo que la República Argentina era y debía seguir siendo un país agrícola; que la extensión y la fertilidad de su suelo definían el mayor provecho con el cultivo de algunos cereales y el cuidado de los ganados; que la explotación de otras fuentes de riqueza y de industrias resultaba a su lado difícil y costosa. Se ha acumulado, además, una serie interminable de argumentos para demostrar que el país no está en condiciones de dedicarse, con provecho, a la explotación de sus minas ni a las manufacturas. Falta, se dice, los principales elementos: población, capitales, medios de comunicación, preparación técnica, espíritu de empresa...”

(Bunge, 1921)

Bunge es uno de los inauguradores del debate económico sobre la orientación productiva del país y del rol estratégico del Estado a través de las políticas públicas en la orientación de la economía. En este sentido, se constituyó en uno de los primeros intelectuales

que comenzó, desde el reformismo católico y la experticia gubernamental, a horadar los presupuestos del liberalismo económico del orden conservador. Las ideas bungeanas preludian, por tanto, las transformaciones del Estado en materia de intervención económica a través de una evaluación positiva de la historia argentina, en su apogeo agroexportador, aunque manifestando lúcidamente que la inserción del país en el esquema internacional debía ser modificada en virtud de las transformaciones del mercado mundial. Planteó interrogantes sobre la viabilidad de la inserción del país en el nuevo escenario internacional de la primer posguerra al modelo económico vigente. Bunge contribuyó a erosionar, en el plano de las ideas, las certidumbres decimonónicas de un progreso indefinido que la edad de oro agroexportador parecía ratificar. Advirtió con claridad las transformaciones de la economía mundial y afirmaba que si la Argentina continuaba por la senda recorrida fecundamente hasta la Primera Guerra encontraría, a poco de andar, el estancamiento. El cuerno de la abundancia del país “granero del mundo” comenzaba a ser una cuestión del pasado. El camino alternativo requería una acción de fomento por parte del Estado para conseguir una evolución paulatina hacia un desarrollo agropecuario más intensivo que extensivo y hacia una mayor industrialización, centralizada inicialmente en las materias primas nacionales, en el contexto de una diversificación general de la producción:

“...Nuestra política...debe dirigirse, sin retardo y sin vacilaciones, al fomento de la industria... debemos convencernos, señores, que esta es la última generación de importadores y estancieros. En la próxima generación, la de nuestros hijos, el predominio será de los granjeros y de los industriales...” (Bunge, citado en Llach, 1986)

Bunge, por lo tanto, lanzó sus críticas en tanto *punta de iceberg* de un grupo de intelectuales que vislumbraron perspicazmente las modificaciones en las condiciones de inserción de la Argentina en la división internacional del trabajo. En ese orden de ideas, la “política pastoril excluyente” debía ser abandonada: la Primera Guerra Mundial y los desajustes posteriores del comercio mundial evidenciaron la dramática vulnerabilidad de la producción primaria y la necesidad de encauzar el desarrollo hacia un horizonte fabril. La propuesta bungeana consistía, en consecuencia en

“...orientar el esfuerzo nacional en forma enérgica y clara, hacia el perfeccionamiento de su producción, multiplicando sus cultivos, no en extensión sino en variedad, explotando las minas y ensanchando y creando manufacturas. Todo esto, aun a expensas de algunos millones de toneladas de cereales y de muchos miles de toneladas de lana...” (Bunge, citado en Halperín Donghi, 2000)

Si desde el lado de la oferta la propuesta bungeana consistía en diversificar e industrializar; desde la demanda, la clave era configurar y proteger el “mercado argentino”. No obstante, la vuelta relativamente rápida a la senda del crecimiento frustró las veleidades de torcer el rumbo, aunque instituyó el avance de una concepción más ambiciosa del papel del Estado.

Indudablemente, uno de los tópicos centrales del pensamiento bungeano, con progresiva actualidad, a medida que la Argentina ingresaba a la “tormenta del mundo” de entreguerras, fue el tema de la inercia del modelo agroexportador. Su propuesta industrializadora, en el seno de los sectores dominantes, fue en principio a contra-corriente del clima intelectual de la época, imbuido de modo preponderante en el dogma de librecambio, aunque su prédica industrial iría adquiriendo una gravitación cada vez mayor. Bunge, atacó el consenso liberal y socialista, consideraba como una ilusión cortoplacista disfrutar de bienes manufacturados importados a precios bajos:

“...Los que sostienen doctrinas internacionalistas en nuestro país suelen simpatizar también con la producción uniforme y simple y con el libre cambio y resultan colaboradores con la política de los estados astros. Ellos dividen al mundo en zonas: ésta es apta para el trigo, aquella para el algodón, la de más allá para el hierro, etcétera. El bienestar consiste para ellos en que las poblaciones respectivas se dediquen a producir muy barato algunos artículos y los cambien con los de las demás zonas. ¿Qué naciones practican esta doctrina? Solamente las más atrasadas...Pero no se podrá citar un solo país adelantado que no haya multiplicado los objetos de su producción y sus industrias...” (Bunge, citado en Llach, 1986)

Para Bunge, influenciado fuertemente en las ideas de la escuela histórica alemana, en general, y en las formulaciones heterodoxas de Friedrich List, en particular,¹¹ la clave del futuro del desarrollo económico argentino residía en el despegue industrial y en una integración económica y territorial efectiva, a través de una protección aduanera racional y no en un librecomercio dogmático como el prescripto por la escuela clásica:

“...Debemos a nuestros hermanos de las regiones lejanas una franca reparación, poniendo una valla aduanera a lo que ellos pueden producir en condiciones económicas satisfactorias, tan alta como sea necesaria para que se dediquen sus habitantes con provecho, a esa producción. Así consumiríamos aceite argentino, yerba argentina, arroz, tabaco, frutas, algodón industrializado, seda y tantos otros productos agrícolas y ganaderos, forestales y mineros que pueden dar vida próspera y progreso a esas inmensas zonas del territorio nacional...” (Bunge, citado en Halperín Donghi, 2000).

En tal sentido, trascendía el planteamiento ricardiano que oponía agro con industria, buscando una relación complementaria. Teniendo en cuenta perspicazmente las transformaciones en la constelación del poder económico mundial, metaforizando las relaciones centro-periferia en las figuras de los Estados “astros” y “satélites”, Bunge proponía delinear un sendero de desarrollo superador de la posición satelital de la economía argentina, ergo su subordinación a los dictados de los países capitalistas centrales, a través de un desarrollo autónomo asentado en la producción fabril. Efectivamente, dos tesis preponderantes de su discípulo Prebisch y el pensamiento cepaliano pueden situarse genealógicamente en el pensamiento de Bunge: la noción, por un lado, de una dualidad centro-periferia, es decir, un centro industrial-hegemónico y una periferia agrícola-subordinada. Y, por otro lado, la tendencia temporal al deterioro de los términos de intercambio a favor del centro que, en términos de Bunge, es analizada a la luz del estancamiento detectado en los indicadores macroeconómicos, por la cual se vendía materia prima barata y se compraba manufactura cara. Planteaba, en consonancia con los planteos del economista alemán List, que no era necesaria una protección radical de las industrias, sino, un amparo moderado y provisorio de las manufacturas nacientes para posibilitar su desarrollo,

¹¹ Su formación académica la obtuvo precisamente en Alemania donde alcanzó el título de ingeniero.

evitando el *dumping*¹² de los productos de las economías centrales. En consecuencia, comenzó a vislumbrarse con escepticismo el lugar ocupado con beneplácito por Argentina en la división internacional del trabajo, alegando que las célebres ventajas comparativas que habían situado en un lugar preeminente al país no constituían una fuente excluyente de desarrollo, pudiendo generarse la causa del crecimiento argentino en su ulterior fuente de atraso. En esa senda de análisis planteaba la:

“...necesidad de abandonar la política pasiva, de salir de la órbita que a nosotros, los satélites, nos trazaron los astros, de definir y practicar, de una vez por todas, la política económica que responda a la mejor adaptación de nuestra sociedad a nuestro territorio...”(Bunge, citado en Llach, 1986)

Uno de los planteamientos nodales que atravesó el pensamiento de Bunge es la necesidad de planificar el desarrollo económico a través del Estado, vinculado a una constelación de ideas-fuerza que componen el andamiaje conceptual bungeano: la dependencia agro-pastoril de la economía; la necesidad del desarrollo industrial: el problema de las economías regionales; la integración regional y el crecimiento armónico. En tal sentido, Bunge fue uno de los primeros en detectar los efectos perniciosos del excesivo pampeano-centrismo de la economía argentina y de las concomitantes asimetrías regionales, alertando sobre la formidable concentración territorial de las actividades económicas del país. Buenos Aires y la Región Pampeana se convirtieron en el excluyente polo de crecimiento económico. De ese modo, a medida que aumentaba la distancia del principal puerto de exportación, disminuían la densidad de población, el consumo por habitante, la producción *per capita*, en fin, la constitución de Argentina como un “país abánico” (Bunge, 1987).

¹² Palabra inglesa que alude a la práctica comercial que consiste en vender un producto por debajo de su precio normal, o incluso por debajo de su coste de producción, con el fin inmediato de ir eliminando las empresas competidoras y apoderarse finalmente del mercado. En su acepción corriente, el *dumping* consiste en vender en los mercados externos un producto a un precio inferior al de ese mismo producto en el mercado interior e incluso por debajo de su coste de producción, cuando no es posible darle salida a ese producto a un precio que le permita a su productor obtener un margen comercial razonable o cuando la pérdida producida en unos mercados es compensada en otros. Considerada una práctica competitiva desleal, el *dumping* suele estar expresamente prohibido en los tratados comerciales internacionales.

4- LOS LÍMITES DEL MODELO AGRO-EXPORTADOR Y BUNGE: ALGUNAS CONCLUSIONES

La prédica bungeana puso el alerta sobre cuestiones ya presentes a fines del siglo XIX en el debate entre liberalismo y proteccionismo. Sin embargo, las transformaciones económicas del mercado mundial generaron una desaceleración en el ritmo de crecimiento que la economía argentina había tenido desde el último cuarto del siglo XIX, con la reducción de la demanda mundial de productos primarios, el cambio de dirección en la corriente internacional de capitales y la quiebra del sistema multilateral del comercio mundial, anunciaron que las doradas condiciones de antaño se habían marchado para no volver. En tal sentido, Bunge alertó sobre las consecuencias perniciosas para el país de mantener la inercia de un perfil agro-exportador, que no se ajustaba de modo tan halagüeño a un orden internacional que no retomaba el camino de la preguerra. En consecuencia, Bunge centró sus esfuerzos intelectuales en señalar, en la academia como en el foro público, las ventajas de balancear la política en curso con una mayor atención a la capacidad de consumo del mercado interno, a través de la “vigorización” de la estructura productiva, regional y social del país (Bunge, 1987), a través de su *métier* predilecto, es decir, contabilizando los recursos humanos, regionales y fiscales subutilizados, desde las altas esferas de la experticia estadística del Estado nacional.

Desde una crítica conservadora y nacionalista a los enfoques ortodoxos del liberalismo, el análisis y las propuestas de Bunge transitaron de manera innovadora la convulsionada década de 1910 ofreciendo miradas divergentes de la economía argentina. Desde una vertiente reformista, puso en locución lo que sería la agenda de problemas de entreguerras y la segunda posguerra, ocupando un rol neurálgico como crítico *dentro* del modelo agro-exportador. Si bien no se trascendió la centralidad de la “rueda maestra” de la economía nacional, sustentada en los productos agropecuarios, se contribuyó de modo decisivo a la creación de un repertorio de problemáticas y posibles soluciones, que tenían como horizonte la necesidad de un mayor protagonismo de la industria, la diversificación de la matriz agraria y la creación de un mercado nacional en la generación de riquezas. Los diversos coletazos de las conmociones emanadas desde los países capitalistas centrales generaron internamente la ampliación de las ramas industriales y la sustitución de las tradicionales importaciones manufactureras, en consonancia con una mayor presencia del Estado en el funcionamiento económico. La percepción de que la actividad fabril interna tenía efectos multiplicadores en la formación de la riqueza, le dio fuerza argumentativa a la

constitución de un difuso pensamiento heterodoxo, que sostenía que el desempeño positivo de los agentes económicos podía estar asociado con el mercado nacional, antes que con el comercio internacional (González Bollo, 2012). Bunge contribuyó de forma determinante a ese viraje en el imaginario económico argentino.

Las difíciles circunstancias del cambio de siglo hicieron viables medidas novedosas, obturadas en la época dorada del modelo agro-exportador. Sin embargo, Bunge no debe ser visto como un modelo excepcional, sino, que las mismas condiciones impuestas por la gestión del descalabro económico producido por las conflagraciones mundiales y la crisis del sistema capitalista internacional, promovieron la emergencia de economistas gubernamentales con iniciativas similares en diversas regiones de Occidente, incluyendo, claro está Argentina, constituyendo un incipiente y todavía desarticulado prolegómeno de la hegemonía keynesiana y de las políticas mercado-internistas de la segunda posguerra.

BIBLIOGRAFÍA

- AUDINO, P. y TOHMÉ, F. (2001). *“El modelo Agro-Exportador argentino y sus descontentos: la crítica a las políticas económicas entre 1900 y 1930”*, En: *Anales, AAEP- UNS*, Buenos Aires.
- BLANCO et al. (1999). *Industrialismo y nacionalidad en Argentina y el Brasil (1890-1950)*, Buenos Aires, Del signo.
- BANDIERI, S. (2003). *“La persistencia de los antiguos circuitos mercantiles en los Andes meridionales”*, En: MANDRINI, R. y PAZ, C. *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo*, Neuquén, UNCPBA-UNCo-UNS.
- BUNGE, A. (1987) *Una Nueva Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- CHIARAMONTE, J.C, (1971). *Nacionalismo y liberalismo económico en Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- GIRBAL BLACHA, N. (2011). *“La Argentina agroexportadora y el desequilibrio regional, 1880-1930”*, En: *X Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica*, Carmona-Sevilla.
- GONZÁLEZ BOLLO, H. (2004). *“Alejandro Ernesto Bunge: ideas, proyectos y programas para la Argentina post-liberal (1913-1943)”*, En: *Valores en la Sociedad Industrial*, Año 22, N° 61, pp. 61-74.
- _____ (2012) *“La visión macroeconómica de Alejandro Bunge: construcción de un modelo estadístico (Argentina, 1913-1920)”*, En: *Estatística e Sociedade*, N° 2, Porto Alegre.
- HALPERÍN DONGHI, T. (2000). *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Tomo IV.
- HORA, R. (2010). *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LLACH, J. (1986) *La Argentina que no fue*, Buenos Aires, IDES.

MARTÍNEZ ESTRADA, M. (2009). *La Cabeza de Goliath*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

KOROL, Juan Carlos y SÁBATO, Hilda, (2007) “La industrialización trunca: una obsesión Argentina”, En: *Cuadernos del CISH*, N° 2, La Plata, UNLP.

_____, “La industria” (1850-1914)”, En: *Academia Nacional de la Historia – Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

REGALSKY, A. (2010). “Los comienzos de la industrialización en la Argentina, 1880-1930. Una aproximación historiográfica”, En: *Anuario Digital*, N° 23, UNR, Rosario.

ROCCHI, F. (1998). “El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador”, en *Anuario IEHS*, N° 13, pp. 99-144.

SÁBATO, J. (1991). *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*. Buenos Aires, Imago Mundi.

SARTELLI, E. (2001). “¿Cómo se estudia la historia de la industria?”, En: *VIII Jornadas Interescuelas*, Salta.

SURIANO, J. (Comp.) (2000), *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.

VILLANUEVA, J. (1999), “Alejandro E. Bunge: una visión de la Argentina”, (en línea) En: *Revista Cultura Económica*, N° 28, Buenos Aires,

ZIMMERMAN, E. (1995). *Los liberales reformistas, la cuestión social en Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, Universidad de San Andrés.